

***Más lento que la noche*, de Julieta Lopérgolo**

Poemas del agua

Mauro Marchese

El escritor escribe un libro, el lector, al leerlo, escribe otro.

La noche, polisémica, surca todo el poemario, desde los epígrafes hasta la última frase que da título al libro.

Los cuatro elementos tienen su lugar en estas páginas.

Predomina el agua.

La noche y el tiempo cobran estatuto de elementos también.

Estos versos, entonces, reinventan un mundo de seis elementos.

Mundo acuático y nocturno.

A la vez en tensión, pues la noche lenta, acuosa, anuncia un alba posible y no excluye el fuego, ni la tierra, ni el aire.

Más lento que la noche, hace transpirar un tiempo que parece que no pasa nunca.

Pero lento no es quieto ni estancado.

Es el resultado de la suma del movimiento y las ansias de quien escribe estas líneas.

Escrito al mínimo, se compone de cuarenta y un páginas de poemas en las que cada uno tiene la suya. Los poemas, en su mayoría, de seis, ocho o diez líneas, casi nunca pasan del tercio de página dejando la mayor parte en blanco. Las líneas de cada verso, generalmente, no llegan a la mitad vertical de la hoja.

Me hace acordar a aquellos dardos que veíamos en la infancia, en las películas de Tarzán, que eran tirados por unos indios pequeños a los que no se veía. No los veía la víctima ni el espectador. No se veía el indio bajito ni el dardo diminuto. Eran lanzados con una cerbatana silenciosa e invisible. Según mi antojo para esta ocasión, también cortita. Aquellos dardos envenenados, silenciosos, imperceptibles, iban directo al cuello. Su efecto era letal.

Este es un libro mínimo y letal, un dardo envenenado.

Una bandada de dardos envenenados.

Estos versos de atardecer nocturno, de otoño con nubarrones, publicados con tapa de un color cuyo nombre no sé pero evoca un sepia de las fotos de antaño mezclado con algo del rojizo rozado del ocaso, no portan un ápice de pesimismo.

Se trata de una escritura sumamente vital a lo largo de toda su travesía.

Texto en movimiento escrito por alguien que no se puede quedar quieta.

Letra que grita con la delicadeza de la poesía.

Libro que cruje, desgarrar y tajea con la crudeza del facón.

Es hundiendo su metal letrado en la carne medio muerta o podrida que busca producir la nueva vida.

Desde los epígrafes, la noche tiene voz, habla, está viva.
A esta escritora le inquieta y produce preguntas la noche.
Sabe que no es cierto eso de que a la noche dormimos:

“¿De qué es la voz de la noche?”

La noche evoca un despertar y éste está direccionado: a leer las marcas de la noche.
Si se me permite reescribir los epígrafes:
¿De qué está hecha la voz de la noche que me despierta a escribir estos versos?

El primero de todos los versos dice “esta mañana”.
Es que se trata de una noche viva y en conflicto, dotada de una voz que anuncia un final y nuevo alumbramiento.
“Los árboles alumbraban” dice el segundo verso, uno puede imaginarse un mundo nuevo iluminado por los árboles.

Sutilmente, se muestra la crueldad de la noche y se sugiere, desde el principio, el corte final, puesto que el primer poema compuesto de ocho versos tiene por último uno que dice: “en la sogá”. Evoco la última noche de quien sabe que al alba lo espera la horca.
Sin embargo, esta noche lenta es sumamente vital, produce un libro, por ejemplo, y no solo.

El elemento agua, explícito o sugerido, está en casi todos los poemas.
También en este primero, “secando el tiempo”.
Escribe el tiempo de una noche lenta empapada de ansias de algo nuevo.
Están también el conflicto, los polos opuestos, la transmutación de las sustancias, como en todo fenómeno vital.

El conflicto entre opuestos se multiplica ya en este primer poema:
Noche lenta, es la mañana.

“...los árboles alumbraban una primavera perfecta.
Pero era otoño...”

“...secando el tiempo...”

Incluye el agua y su desaparición.

“...como ropita estirada
en la sogá.”

El diminutivo en *ropita* le da ternura y encanto a la imagen de un acto cotidiano que tiende a ropa limpia y aroma a renacer, pero es la imagen de la ropa cuerpo estirado del ahorcado en la soga.

Si se me permitiera mayor osadía diría otros nombres posibles para este libro:

Noche húmeda.

Húmeda noche de otoño.

Más húmeda que la noche.

Y finalmente el que yo elegiría:

Más lento que la húmeda noche de otoño.

Sin embargo, justo es decir, el mejor título es el que eligió la autora.

Por varias razones.

Son las últimas palabras.

Este sólo argumento bastaría para que no se discuta más.

Además, hay otros.

Constituye la expresión más breve que lo contiene todo.

La noche está puesta como una, excepcional, única, la noche, mostrando cierto sesgo universal que se toca con su escritura singular.

Se procesa y composta algo que ha fenecido.

Si para muestra un botón, el segundo poema:

“Pájaros de la tarde
lloran el día,
anuncian noche...”

Son los pájaros representación habitual de la libertad y la fragilidad de la vida.

Estos lloran

el día perdido

que es también el día vivido.

Anuncian la noche

el corte final

lo irreparable del tiempo que se fue.

Otra vez el agua en los pájaros que lloran.

Y así, sugeridos en ellos,

también el aire y el espacio infinito,

la posibilidad de volar, de cantar y de migrar.

La escritora es una migrante

se hacen evidentes sus deseos de volar

y su canto son estos poemas

amiga pájaro entre pájaros.

“¿Quién no ha enterrado uno?”

Quien no se apropia de su duelo.

“¿Quién rescata a esos pájaros?”

Quien escribe este poemario.

El tercer poema inicia en “más allá”, queda dicho así que hay algo más, algo sigue, hay hacia dónde. Como en aquella deliciosa película rusa en que los personajes exploraban la zona siguiéndole los pasos a una piedrita que iban lanzando hacia adelante.

Y dice:

“Más allá,
una luz...”

Contrastando nuevamente con la noche.

“...salpicada de fuegos...”

Explícito, este elemento tan capaz de destruir como de curar según nos enseñaron los antiguos. Aquello que no curan los medicamentos, lo cura el cuchillo. Aquello que ni el cuchillo cura, lo cura el fuego.

Este es un libro asesino, incendiario y curador.

“Más allá,
una luz
salpicada de fuegos,
de piedritas,
de cosas muertas...”

Nuevamente la tensión, el conflicto vital entre opuestos: la muerte, el límite final y el fuego destructor-curador, junto a la luz, más allá, la salida de la noche.

“...Dijiste:
debería llamarse mar
a todo lo que sea
futuro
o desprendimiento.”

Otra vez el agua, ahora como mar para confirmar que hay futuro.

Pero la fuerza está en la palabra siguiente, *desprendimiento*.

Porque no hay futuro, pensar en futuro es más falso que decir que dormimos a la noche.

Hay desprendimiento, eso sí.

Y puede ser necesaria y bienvenida la mar de desprendimiento.

Esta idea gana fuerza en el quinto poema:

“... pescar
-no lo que sube-
lo que cae.”

Es al desprendernos de algo,
al pescar lo que cae,
que adviene,
no el futuro,
pero sí otro día.

Por si quedaran dudas de que un cadáver se procesa, en el sexto poema:

“Deambulan cuervos...”

Y no en cualquier parte, sino:

“...en la parte blanca del cielo
desterrada del sol...”

y sigue, claro, contundente, enfurecido de dolor:

“...manchas de odio enloquecido...”

Esta noche lenta, furiosa y dolorosa parece dejar un único camino: que suceda toda la lluvia, que escampe en las palabras.

Hay un miedo
desafiado:

“El río era un temblor hablado
hasta el cansancio.

No vayamos a mirar lo que no se detiene,
lo que tiembla a velocidad constante.

No vayamos a mojarnos
en esa desmesura...”

Miedo al movimiento y la transformación continua. Aquí el agua, una vez más, es indicadora de vida, *mojarnos en esa desmesura* es dejar caer la seguridad de lo mismo, lo mesurado, lo permanente, lo constante, lo conocido, lo seguro. Es un llamado a gritos a la desobediencia.

“...Reclamemos belleza nueva...”

Fíjate

“...el molino en desuso
(...)
Lo solo que está todo.”

El final revivifica el escribir, que es a una vez vida y pregunta:

“Escribo
para vivir en preguntas,
(...)
Escribir es una pregunta.”

Su antagonista, el silencio, está herido de muerte:

“Donde pace el silencio
se acrecienta mi sombra.
Mi sombra se alimenta
de semillas oscuras.
No hay animal más lento que la noche.”

Este final me retrotrae al inicio, al título y al primer poema.

Este libro, vitalmente despiadado, despiadadamente vital, es un libro escrito por quien sabe que se requiere matar para que surja vida nueva.

Su escritura se hunde en la noche húmeda y la tierra húmeda, no sin saber que al pasar por allí se encuentran las nutrientes, que en su transformación según la alquimia literaria harán surgir, quizás, los árboles que una mañana alumbrarán una primavera perfecta.

Si la noche es el animal más lento, es que se mueve y está vivo.

Pace desesperada la escritora.

Y alumbrará sus nuevas páginas.

En rigor, al leer este libro, incluida su autora tras escribirlo, ya estamos de algún modo en la mañana.

Si mi insolencia no encontrara límites diría que ahora se puede reescribir el primer poema alterando los tiempos verbales:

Esta mañana

Los árboles alumbran

Una primavera perfecta.

Hubo un otoño

templando el amarillo,

secando el tiempo
como una ropita estirada
en la sogá.

En un extremo de mi licencia reformularía la sentencia atribuida a Hipócrates –a la que hice referencia más arriba:

Aquello que no curan los medicamentos, lo cura el cuchillo.

Aquello que ni el cuchillo cura, lo cura el fuego.

Aquello que ni el fuego cura, lo cura esta escritura.

Agradezco y recomiendo el placer de leer estas líneas.